

Santísima Trinidad A



*Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia y lealtad.
(Ex 34,6)*

Primera lectura

Exodo 34,4b-6.8-9

En aquellos días, Moisés subió de madrugada al monte Sinaí, como le había mandado el Señor, llevando en la mano las dos tablas de piedra. El Señor bajó en la nube y se quedó con él allí, y Moisés pronunció el nombre del Señor. El Señor pasó ante él proclamando: Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad.

Moisés al momento se inclinó y se echó por tierra.

Y le dijo: – Si he obtenido tu favor, que mi Señor vaya con nosotros, aunque ése es un pueblo de cerviz dura; perdona nuestras culpas y pecados y tómanos como heredad tuya.

Segunda lectura

2 Corintios 13,11-13

Hermanos y hermanas: Alegraos, trabajad por vuestra perfección, animaos; tened un mismo sentir y vivid en paz. Y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros. Saludaos mutuamente con el beso santo. Os saludan todos los fieles.

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con vosotros.

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo: – Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

Meditación

Ante nosotros, en esta liturgia, se despliega el mural de la vida íntima de Dios. No vemos nada. Es normal. Dios es cegador. Sin embargo, intuimos algo definitivo: Dios es amor. No es solitario. Vive en compañía, en comunión divina.

Gracias a ese amor infinito que Dios es en el Padre, el Hijo y el Espíritu, nosotros hemos recibido la salvación.

¿Qué otra cosa podemos hacer que contemplar ese inagotable panorama? La gloria, la alabanza, la bendición y la acción de gracias son las únicas palabras dignas y humildes que podemos pronunciar ante Dios.

Dios asegura al pueblo, a lo largo de todo el Antiguo Testamento, su presencia invisible. La fe cristiana posterior sigue creyendo en esa presencia de Dios enriquecedora. Pero acentúa que es la misma vida de Dios la que se hace presente. El amor del Padre, la gracia del Hijo, la comunión del Espíritu ejercen en el cristiano su presencia activa. Configuran su vida. O deben configurarla. Por eso Pablo cambia el indicativo en imperativo. La gracia de Cristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu están con vosotros desde el bautismo. Pues que estén siempre con vosotros. Dios es vida para quien cree en él.

Probablemente el verso más importante de todo el cuarto evangelio es el que abre esta pequeña sección. La afirmación clara y terminante del amor de Dios como la causa verdadera, última y determinante de la presencia de su Hijo en el mundo.

El Hijo del hombre, el que tiene la experiencia inmediata y directa de Dios, el que vino de arriba y volvió allá, es una demostración en acción del amor de Dios. Tanto amó Dios al mundo... la intención más clara de Dios es que el mundo se salve – la palabra "mundo" hace referencia al mundo de los hombres. Por eso nos envió a su Hijo, para dárnoslo a conocer. Y mediante este conocimiento llegar a la posesión de la vida.

Jesús no vino para juzgar el mundo. Naturalmente, cuando se habla así del juicio, se entiende un juicio con el sentido de condenación. Jesús vino como salvador. El hombre que lo acepta, mediante la fe, como quien en realidad es, no será condenado.

Junto a esta afirmación fundamental, hay que recordar asimismo que Jesús también vino para juzgar, porque el no creyente, quien no lo acepta como el Revelador, el Hijo de Dios, el Hijo del hombre, se condena a sí mismo al rechazar la salvación que le ha sido ofrecida. Ese acontecimiento futuro se adelanta al momento presente (es la llamada escatología realizada, aunque no final).

Se acentúa, pues, la fe, el aquí y el ahora. El juicio ha comenzado. Está realizándose por la actitud y decisión humanas: decisión por Dios o contra Dios. Y esta actitud es la que decide.